

mil setecientos noventa y cuatro, había provocado el Jansenista Muñoz y que en mil quinientos cincuenta y seis, tuvo sus preludios en Don Francisco Bustamante, provincial franciscano; pero tambien es cierto que cada silbido, cada asechanza cada combate, no ha sido sino un viento que ha arrojado las plumas sobre el papel y hecho crujir a las prensas, de las que han salido brillantes defensas de la aparición de María.

Hoy parece que ha terminado el combate; mas al contemplar los dos campos, cabe preguntar: ¿cuáles han sido los resultados finales? En el campo contrario, yo no lo se. En el nuestro, en el de los que hemos creído, son los siguientes: Libros magníficos que enriqueciendo las bibliotecas, conservarán para las generaciones futuras, los nombres de Cuevas, Anticoli, Dr. de la Rosa, Canónigo González, Illmo Vera y del Pbro. Chávez, cubiertos de gloria; como cubiertos de la misma, llegaron a nosotros los nombres de Marin, del Dr. Guridi y Alcocer, y el de Tornel y Mendivil. Las numerosas romerías que de todas partes vinieron, protestando pacífica y elocuentemente contra la negación Guadalupana. La liberalidad de los acaudalados que abrieron sus tesoros, de los pobres que prestaron su óbolo, de las damas que se arrancaron sus hermosas p-drerías y brillantes adornos, la de toda México que ni un momento quizo ser mezquina con la Virgen indiana. La ampliación y decoración de esta suntuosa Basílica donde se encuentra el retrato de la Santísima Virgen María. El decreto de Coronación y un nuevo oficio, ambos concedidos por el Papa Leon XIII, con los que se ha confirmado el *Non fecit taliter*, de Benedicto XIV. Unas dulcísimas notas que, desprendidas de la lira del mismo Leon XIII, repercutirán por todos los siglos bajo las bóvedas de nuestra insigne Colegiata. Unas fiestas régias sin precedente en los anales de México, con que se ha celebrado la Coronación de la misma Imágen Guadalupana; fiestas celebra-

das no sólo en esta dichosísima Villa, sino tambien en todos los pueblos de la Nación mexicana y aún allende los mares, en España y en la eterna Ciudad de los Papas. Una considerable reunión de jera-cas mitrados, propios y extraños que, al postrarse reverentes ante el altar de nuestra excelsa patrona, dieron testimonio público y solemne de que aceptaban con nosotros la aparición milagrosa. ¡Oh feliz culpa que tanto bien nos hiciste! ¡Oh resultados benéficos que tanto habéis contribuido a asegurar nuestra gloria! ¡Oh felices nosotros que libres ya de temores podemos cantar a Nuestra Madre tiernísima: *Tu honorificentia populi nostri.*"

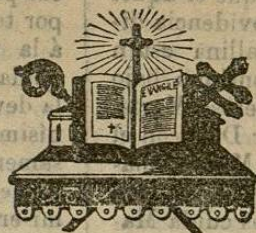
¡Tu eres el honor de nuestro pueblo! ¡oh Santa y poderosa Madre! llegue cuanto antes el deseado momento en que las Américas todas te llamen su principal y esclarecida patrona, para que el nombre de Santa María de Guadalupe sea el dulce encanto de los que habitamos este nuestro continente; para que la montaña del Tepeyac sea la estrella a donde los americanos convirtamos nuestras devotas y suplicantes miradas, para que al resonar en el mundo de Colon el "*Non fecit taliter omni nationi,*" todas las naciones convengan en conceder a México el título honorable de hija predilecta de María.

México, hermosa patria mía, no olvides nunca a Santa María de Guadalupe. En medio de tus amargos infortunios y de tus grandes placeres, recuerda que el Tepeyac fué la pendiente por donde bajó a raudales para tus hijos el bálsamo saludable que se derramó en el Calvario.

(Concluirá).

# COLECCIÓN

## DE DOCUMENTOS



## ECLESIASTICOS.

Tip. de N. Parga. -D. Juan Manuel R.

Resp. Jesus Berrueco.

TOM VIII.

GUADALAJARA, MARZO 8 DE 1896.

NUM. 29.

### SECCION I.

#### S. CONGREGACION DE RITOS.

III

*Las letanias del S. Corazón de Jesús no pueden rezarse ni cantarse en las Iglesias ni oratorios públicos, ni aun fuera de las funciones estrictamente litúrgicas. Así se declara en el siguiente Decreto:*

A sacra Rituum Congregatione expetitum fuit, utrum litanie SS. Cordis Je-

su, quæ per decretum *Pinerolien*, quod circumfertur, quamvis a Sancta Sede approbatæ non fuerint, permissæ dicuntur, saltem extra functiones stricte liturgicas, recitari aut cantari possint in ecclesiis vel oratoriis publicis?

Eadem vero sacra Rituum Congregatio ad relationem infrascripti secretarii re mature perpensa, respondendum censuit: *Negative, et cuilibet decreto contrario derogatum esse per subsequens generale decretum, datum die 6 martii 1894, quo prohibentur litanie quaecumque, nisi existant in breviario aut in recentioribus editionibus ritualis romani, ab Apostolica Sede approbatis.* Atque ita servari mandavit. Die 28 novembris 1895.—CAJ. CARD. ALOYSI MASELLA, S. R. C. Praef. —A. TRIPEPI, S. R. C. Secret.

### SECCION III.—VARIEDADES.

#### SERMON de Nuestra Señora de Guadalupe, por la Diócesis de León.

(CONCLUYE).

Recuerda que en esta montaña está erigido el faro que difundiendo por todas partes su luz, te hizo tomar asiento entre

las cultas y civilizadas naciones. Recuerda por último que así como el pueblo de Israel era el pueblo de Dios, tú eres el

día á tu amparo, de otra conquista in-  
vamente consumada bajo este cielo, la  
conquista de su independencia, tomando  
puesto como Nación católica y católica-  
mente civilizada en el gran concurso de  
los pueblos que aman en Dios y por Dios,  
la verdadera gloria y la verdadera liber-  
tad!

Y estas promesas, estas predicciones  
las has hecho cumplir una por una. A-  
prendimos la doctrina de Cristo, nos in-  
fundó la civilización con sus billos, nos  
amamantamos al vivificante calor de las  
virtudes y las verdades religiosas y so-  
ciales, y en el otro día por el sabido y por  
este nuevo pueblo ansiado, á tu sombra  
bajo tu bandera, fuimos con personalidad  
propia, libres entre los pueblos indepen-  
dientes y soberanos. ¡Ah, Madre mía, sa-  
grada y justa deuda que acabamos de sa-  
tisfacer, teníamos contigo! Nos coronas-  
te, como pueblo señor de sus destinos,  
antes de que nosotros públicamente  
te coronáramos como nuestra Soberana.  
Perdona si lo habíamos olvidado.

Pero no fué, Señora, olvido; no por  
cierto. La Iglesia te ha coronado, en  
que tenía que serlo, en el momento de la  
paz, para que fuese inperitible; en el  
momento en que se inicia la concordia  
de las voluntades, para que sus frutos  
sean firmes, y abunden y se multipliquen;  
en el momento, Señora, en que es preciso  
que para las grandes empresas de lo por-  
venir se proyecte y fulgure en sus ra-  
diantes horizontes más decisiva, más ava-  
salladora, tu bendita intervención.

Antes de hoy, aunque de imperfecta  
manera, pero de la manera que nosotros  
podíamos alcanzar, intentamos rendirte  
los tributos de nuestra gratitud y nues-  
tra filial adhesión. No nos distinguimos  
en razas ni en condiciones para ponerte  
á tus piés y el pueblo completo que ha-  
bitó la Nueva España, que fué posterior-  
mente el mismo pueblo del independien-  
te México, no ha tenido más que una in-  
teligencia para confesarte, un corazón  
para amarte, una voz para cantarte. Los  
mismos descendientes de antiguos reyes,

que en esta tierra imperaron, prorrum-  
pían en rítmicos acentos de su primitivo  
idioma, para ensalzarte cuando tu Imá-  
gen Sagrada se trasladó por vez primera  
á su primera ermita, que Virreyes y po-  
tentados iban á encender ricas lámparas  
á tus plantas, para ofrecerte adoración.  
Lo mismo apelamos á las hermosuras del  
habla castellana, para que nuestra musa,  
la impercedera Sor Juana Inés, se pro-  
dujese con celestiales armonías refirién-  
dose á tí; que al idioma de Virgilio, para  
loarte en él, y disputar al mantuano las  
bellezas con que intentó aplicar al hijo  
de Polión, lo que la de Cúmas había pre-  
dicho de tu Hijo y de tí. Lo mismo con-  
signaron tus bondades y tus glorias los  
antiguos que modernos historiadores; lo  
mismo, Señora, un Antonio Valeriano ó  
un Alva Ixtlixochitl, que los incansables  
miembros de la Compañía de tu hijo Je-  
sús, que los recientes Oquendo, Busta-  
mant, Tornel, González y tu querido  
hijo, Vera el Mitrado. Lo mismo, Señora,  
te confesaron el último de nuestros  
humildes indios, sintiendo en indecible  
arrobamiento tus maternales caricias,  
que el eminente sabio llamado á esplender  
en las Cortes de Carlos II y Luis  
XIV, á donde fué envuelto en los afec-  
tos, que profesaba á tí, Guadalupeana  
Virgen, y llevando ecos y perfumes ce-  
lestiales de su inolvidable Tepeyac. Lo  
mismo, Señora, se te han levantado aquí  
las Basílicas suntuosas que con lo alto  
de sus atrevidas torres simbolizan tu pro-  
tección, y desde sus agudas flechas seme-  
jan devolvarte la salutación por tí diri-  
gida á los hijos de México; que ha sido  
llevada tu imagen á Roma, y España, y  
Francia, y Austria, y Baviera, y Polonia  
y doquiera de la cristiandad, á donde  
han ido noticias de tus prodigios y tu  
tierna y divina protección. Lo mismo,  
Señora, que nosotros los pecadores, te  
han ensalzado los Santos como un Alcal-  
de y un Margil. Señora, Señora, tiem-  
po me falta, y me faltaría aun cuando lo  
emplease largo, muy largo, para decir  
qué corona te formaban ántes de la que

DE DOCUMENTOS ECLESIASTICOS.

últimamente se ha colocado sobre tu vir-  
ginal cabeza, el conjunto de nuestras  
ciencias, de nue tras artes, de nuestras  
armas, el conjunto de nuestros corazones,  
que palpitando por tí, te han elevado del  
seno de nuestra Iglesia, de nuestra socie-  
dad, de nuestras ciudades, de nuestros  
campos, el cántico universal, el hosanna  
perdurable, cuyo último y nunca imagi-  
nable acento escuchamos, apenas hace u-  
nos días, y que al partir del ámbito en-  
tero de nuestro territorio, llevó un eco  
infinito desde aquí donde nos dejaste tu  
imagen, al azulado cielo tras del cual e-  
ternamente moras!

En pos de esa corona, nos ha sido da-  
do, ya, consagrarte otra. Tu coronación,  
Virgen del Tepeyac, es el postrero de tus  
prolignos. Tu coronación, Señora, que  
coincide por el plan de la Providencia,  
con el momento en que nosotros debemos  
proclamar en esa forma tu poderío, y en  
que tienes, tú, que consumir tu obra de  
predilección. Se te aclamó socialmente  
en esta tierra para que entrara, bajo tu  
amparo, y tu guía, á los caminos de Cris-  
to, á los caminos que ilumina la Cruz,  
á los caminos de la civilización: te acla-  
mamos socialmente para que esta por-  
ción del mundo entrara á formar entre  
los pueblos independientes, ya que for-  
maba entre los pueblos civilizados; y des-  
pues de haberte aclamado en esas épocas  
de gran sacudimiento, de revolución pro-  
funda en órdenes vitales, de regenera-  
ción religiosa y política, te venimos á a-  
clamar en otra de infinitas trascenden-  
cias, de inmensos resultados; en otra que  
marcarás tú, que marcaste ya definitiva-  
mente, Madre de México, como la época  
de la cual ha de contarse nuestra gran-  
deza, que será deslumbradora, indefinida-  
mente deslumbradora en lo venidero.  
Nuestros pósteros saludarán en el primer  
centenario de tu coronación, no solo á  
México cristiano por tí, no solo á Méxi-  
co independiente por la fuerza de tu fa-  
vor, sino á México grande y glorioso, Se-  
ñora, siempre por tí. . . . .

¡Y no nos protejas únicamente á nos-

otros! No protejas tan sólo del maravi-  
lloso modo que sabes, á los que vivimos  
desde el Bravo hasta el Usumancita, y  
desde las playas del agitado Atlántico  
hasta las del Pacífico! No protejas solo  
el nombre y el suelo mexicanos ni aquí,  
solamente, nos des las abundancias, las  
riquezas, los tesoros de virtud y prospe-  
ridad que se acumulan en medio de los  
beneficios de la paz! No, Señora, otras  
protecciones has también de otorgar!

La protección al inmortal Pontífice  
que resolvió coronarte, al Papa que tra-  
baja incansable en la obra de la humana  
civilización, que es la obra de Jesucristo;  
y encamina sus trabajos, despues de las  
conquistas que la humanidad ha alcanza-  
do, al sello soberano de la divina evan-  
gelización; á la unión ardorosa de todos  
los hombres, bajo los brazos de la Cruz,  
al amor universal, recíproco, verdadero  
de los individuos todos de esa humani-  
dad, dentro del sólo, del único reino so-  
cial de Jesús.

La protección á los pueblos de la una  
y la otra América, que no muy tarde te  
aclamarán como su Patrona predilecta y  
general.

Y la protección, Señora, á los Pastores  
que han asociado á los nuestros, para  
prorumpir también en loores tuyos, en  
cuando la mexicana gente te confesaba,  
á unas cuantas horas puede decirse, como  
su excelsa reina. Sobre ellos, y sus re-  
baños, y sus pueblos, desciendan tus ben-  
diciones, así sobre Prelados y pueblos de  
Metrópolis del mundo, cual la Metrópoli  
Nepoykina, como sobre Prelados y pue-  
blos, que ven sin cesar del uno al otro de  
los mares que bañan el continente, el pa-  
so de los hombres todos de la tierra, al  
través de uno de los estrechos del Nuevo  
Mundo; así sobre pueblos y Pastores, que  
marchan al ideal católico, en medio de  
las propicias quietudes y los progresos  
continuos que caracterizan á las socieda-  
des anglo-sajonas, como sobre el Prelado  
y el pueblo de la Perla de las Antillas  
que para obtener los auxilios, tiene títu-  
los especiales. Esa Perla, Señora, á la

vez es americana y pertenece á España: la guerra la devasta, la guerra que es sangre, muerte, exterminio, ruina. El Pastor ha venido á implorarte, y nosotros imploramos tambien por él y por ella. Una mirada tuya, Virgen del Tepeyac, restituirá la paz allí: dirígela sobre Cuba, Señora.

¡Santa María de Guadalupe! Ya recibiste nuestras adoraciones en el Templo, cuando allí te coronaban radiantes de júbilo, trémulos por santas é inexplicables emociones, los venerables Arzobispos de México y Michoacán, cuando parecía animarse la marmórea estatua del eximio, del inmortal Labastida, para besar tus piés, cuando te ofrecían sus lágrimas y sus homenajes de vívidos afectos, los otros egregios Prelados mexicanos, cuando las bóvedas de tu Basílica parecían romperse al grito que lanzamos para saludar tu exaltación,

Ya recibiste lo que hubimos de ofrecerte como hijos de la Iglesia, de esta Iglesia que aquí es tu obra, y siempre lo ha de ser; ahora, Señora, recibe el otro homenaje, que con el espíritu igualmente puesto en tí y las rodillas en tierra, te ofrecemos como miembros de la sociedad, de esta sociedad tambien tuya, que vivirá con vida propia, con grandiosa vida, con vida de imperecedera gloria, mientras quien cuida de su vida, seas tú.

¡Vuelvo á invocarte, Santa María de Guadalupe! ¡Permita-me invocarte en nombre de México! Que por tí y en México todo, con nosotros todos y á partir de tu coronación, se realice como un hecho que será complemento de tus bondades infinitas, porque son las bondades de Dios dispensadas por tu diestra, el voto con que los cielos prometen unirse á la tierra, traer sus dones, sus grandezas, sus inefables dulzuras acá:

"Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad."

**NO HAY RELIGION SIN MISTERIOS.**

Todo está oculto, todo es desconocido en el universo. El hombre mismo ¿no es un misterio extraño? ¿De dónde proviene el esplendor á que nosotros llamamos existencia y en qué noche va á fenecer? El Dios Eterno ha colocado el nacimiento y la muerte bajo la forma de dos fantasmás cubiertas á los dos extremos de nuestra carrera; y desde lo alto de su trono ha puesto nuestra vida rodando en las olas del tiempo, como una pequeña columna rota, sin basa y sin capitel. No es, pues, extraño, en vista de la inclinación que tiene el hombre á los misterios, que las religiones de todos los países hayan tenido sus cosas impenetrables.

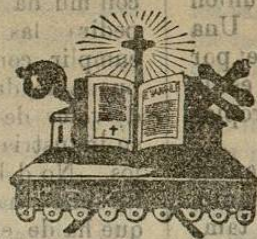
A primera vista se descubre en los misterios una gran ventaja de la religión cristiana sobre las de la antigüedad. Los misterios de esta no tienen parentesco alguno con el hombre; y cuando mas, presentaban sólo una materia de reflexiones para el filósofo ó de canciones para el poeta. Nuestros misterios, al contrario, se dirigen á nosotros mismos y contienen los decretos de nuestro sér.....

Difícil apreciar lo que no se comprende, es un maligno modo de razonar. Si prestásemos un poco de atención á las cosas más simples y más triviales de la vida, sería muy fácil probar que sabemos muy poco; y sin embargo ¡pretendemos, penetrar los arcanos de la sabiduría!

El día 1.º de Marzo de 1896, se ordenaron de Presbiteros los Sres. Diaconos siguientes:

- D. Romualdo Ruvalcaba.
- „ Martin Villanueva.
- „ Antonino González.
- „ Eustolio Vargas.
- „ Secundino Pérez.
- „ Evaristo González.
- „ Albino H. Vásquez.
- „ José M. Guzmán.

**COLECCIÓN DE DOCUMENTOS ECLESIASTICOS.**



Tip. de N. Parga. - D. Juan Manuel R.

Resp. Jesús Berrueta.

TOM. VIII. GUADALAJARA, MARZO 22 DE 1896. NUM. 30.

**SECCION III. - VARIEDADES.**

**Madres Católicas.**

Por la importancia del asunto vamos á insertar el siguiente artículo, pues es bien patente el principal papel que la madre juega en la familia y por ende en la sociedad. No debe, por tanto, parecer extraña esta materia en la "Colección de Documentos Eclesiásticos", como quiera que á los Sacerdotes incumbe el oficio de directores y guías para formar y dirigir la sociedad religiosa y pia por el eficazísimo medio de la instrucción de las madres.—Hé aqui dicho artículo:

*Advertencias preliminares á la buena Madre de familias.*

I.º El enlace entre el hombre y la mujer instituido por Dios para la propagación y conservación del género humano, se llama matrimonio: *matris munus*; como si dijera, carga y obligación que tiene la madre en criar al niño, mayormente cuando es pequeño.

II.º El matrimonio es un gran Sacramento en Cristo y en la Iglesia. Significa la unión de las dos naturalezas, divina y humana, en una sola persona que es Cristo: representa la unión de Jesucristo con la Iglesia; y además recuer-

da la unión de Jesús en gracia y caridad con el alma que está limpia de pecado mortal. De ahí es que todas las obras buenas que hace la persona que está en gracia, son obras vivas y de gran mérito, como hijas de tan santa unión.

III.º El matrimonio fue instituido por Dios en el paraíso terrenal; fue confirmado por el mismo Dios después del diluvio; fue santificado por Jesucristo cuando asistió á las bodas de Caná de Galilea, y finalmente fue elevado por el mismo Jesucristo á la dignidad de Sacramento de la ley de gracia, y dijo que los que Dios habrá unido, el hombre se guardará bien de separarlos.

pueblo de la Madre de Dios; que si aquel estuvo bajo las alas de la Providencia divina, como bajo las de la gallina están sus polluelos, tú estás de continuo bajo del manto azulado de la poderosa María; que si aquel fué creado por Dios con el amor entrañable con que la Madre amamanta á sus hijos, los tuyos jamás podrán decir que el amor con que los cuida María, sea menos tierno que el que les tienen sus madres. Mas, al recordar tan señalados favores, tiembla; porque si de los hebreos se decía, les va bien mientras no pecan en la presencia de su Dios, porque él aborrece la iniquidad, mas cuando hay maldad en ellos delante de su Dios, son entregados al poder de sus enemigos y sujetos al yugo extranjero, de vosotros puede decirse lo mismo; pues tambien la Santísima Virgen María aborrece la iniquidad. Por esto, si quieres ser grande y respetada ante el mundo, si amas con delirio la gloria, si quieres conservar para siempre la fé que te legaron

tus padres, si quieres que el Tepeyac sea por todos los siglos el eslabón que te una á la región del empíreo, detesta la iniquidad, ama la virtud y sé siempre fiel á la devoción de María, de esa Madre tiernísima sobre todas las madres que, precisamente porque te tiene un amor entrañable, hoy por mi conducto, indigno y miserable, te dice como en otro tiempo el Señor decía á los Hebreos. "Si anduviéreis en mis preceptos y guardáreis mis mandamientos y los cumpliereis... daré paz en vuestros términos, dormiréis y no habrá quien os espante. Quitaré las malas bestias; y espada no pasará por vuestros términos. Perseguiréis á vuestros enemigos y caerán delante de vosotros... Os miraré y os haré crecer, seréis multiplicados y afirmaré mi pacto con vosotros. Pondré mi tabernáculo en medio de vosotros y no os desecharé mi alma. Andaré entre vosotros y seré *Vuestra Madre* y vosotros seréis mi pueblo."

A. M. D. G. E. H.

# Discurso

Pronunciado por el Sr. Lic. D. Luis Gutiérrez Otero en la velada literaria que en honor de la Santísima Virgen de Guadalupe se verificó en esta capital el 18 de Octubre de 1895.

Haz, Virgen del Tepeyac, que uno de los ángeles que rodean tu trono en el cielo, descienda de las alturas inconmesurables, y venga, como vino en la visión del profético poeta de las naciones, á quemar con encendido carbon mis labios, para que de ellos, tantas veces manchados, salgan siquiera hoy que me encuentro aquí, pronto por la voluntad y flaco por el merecimiento, dispuesto á cantar tus glorias, palabras, Señora, que sean dignas de tu excelsa santidad! Haz que se repita el primero de los prodigios con que en esta tierra te manifestaste á las gentes; y que así como á tu voluntad brotaron rosas en la rigidez del invierno y en medio de las

áridas rocas, surjan, Virgen María, de los hielos de mi corazón y de los endurecimientos de mi alma, acentos que traigan algo de los célicos perfumes que embalsaman las regiones en que moras y enagenan en los sitios donde posas!

Sí, lo necesito, Señora, ya que he querido venir, que vengo á proclamar con la fé ardorosa del creyente, y con el amor profundo del que está presto á dar su vida por el Dios que adora, por la Madre que lo ampara y por la Patria que le presta dulce abrigo, que en tí veo, en tí Guadalupeana Virgen, el sacrosanto lábaro que mantiene mi fé, y de esta mi veneranda Patria sustenta la nacionalidad.

Nada en el tiempo y en la tierra, lo sé, Señora, cede al acaso. Un plan inmenso, velado de ordinario en los principios de las cosas, por los misterios de lo porvenir, que sólo rasga la mano del Omnipotente; y descubierta despues por las espléndidas páginas de la Historia, arregla, rige uno á uno, los sucesos de la humanidad que si muchas veces son portentos en su origen, pasan á ser luego, en su desenvolvimiento, maravillosa realización. Ese plan, que nosotros llamamos los designios providenciales, y que otros, que rehusan llevar la mirada al indeclinable y revelador enlace de las causas y los efectos, para no fijarla sino en los desnudos hechos del presente, reducen á los mezquinos términos de la coincidencia, del evento, de un encadenamiento á lo sumo, inconsciente y material de los mismos hechos; ese plan, repito, comprendía entre sus realizaciones humanas, la de que la redención del Mundo que habia de llamarse nuevo, de este Mundo cerrado durante siglos á la vista de los hombres, pero jamás oculto á los ojos de Dios, se hiciese práctica en sus resultados y en su época, por la intervención de la Virgen de todas las purezas y de todos los dolores, de la Virgen que dió á luz al que vino á ser Luz de la tierra, y que á esta habia de traer la luz del cristianismo, generadora de la civilización.

Sí, Señora, Dios te destinó á que lo hiciese así; y así lo sentían las gentes que habitaban estas regiones ignorantes, divorciadas del resto del Mundo por mares al parecer inacabables, y que para ligarse con los antiguos continentes, no se asieron durante periodos seculares al lazo que habia de ofrecerles tu santo amor, tu poderoso nombre y tu maternal intervención.

Tú fuiste siempre la presentida como se presintió siempre á tu Hijo el Salvador. Y como los Egipcios te esperaban para que fueses Madre del Hijo que quebrantaría la cabeza de la serpiente *Ti-phon*, y los druidas te erigian estatuas por ser la Virgen de quien nacería un

hijo, así especialmente en esta parte de la América, la universal tradición no estaba perdida; y en medio de las oscuridades de su historia y de los errores de su idolatría, estos pueblos daban testimonio de ella con sus fervorosos cultos á Tonatzin, la madre de los dioses, y la consignaban en pinturas, en que aparece la otra mujer á quien llamaban nada más madre de nuestra carne, y al lado de la cual, se hallaba la descomunal serpiente que en otros de esos alegóricos cuadros se vé reducida á pedazos, por el gran Espíritu Tecastlipoca.

¡Ah, Señora! La tradición estaba corrompida; pero el hecho al menos de tu existencia y tus poderíos, como el hecho de la Cruz como el hecho de haber otros seres en regiones del Oriente que algún día, en oscuros tiempos del pasado, ya habían recorrido este suelo, y en otros, venideros y fulgurantes, habían de pisarlo de nuevo; pero esos hechos al menos, envueltos en sombras que si no dejaban explicarlos, no alcanzaban tampoco á borrarlos, se sentían, se imponían en las primitivas razas pobladoras de estas regiones, que entre pavores y ansias de expectación, no sabían cuándo ni en qué forma harían pesar sobre ellas su influencia soberana. Desde que el sacrificio de la Cruz se realizó, algún rayo de aquel misterio de amor ha de haber proyectádose sobre esta tierra, alguna gota de la sangre entonces derramada, se consagró á estos aborígenes, para que rayo y sangre de la Redención conservados en tu bendita diestra, á tu ingente y misericordioso amparo algún día fructificaran, algún día irradiaran acá, algún día bañaran las comarcas americanas con olas de salvación. Destinada fuiste para el apostolado entre estas gentes, y como el Padre envió al Hijo para la universal regeneración de los hombres, el Hijo había de enviarte, Señora, para la evangelización del mundo nuevo, tan apartado, tan desconocido, tan ignorante de que sus pobladores no eran mas que porción de una humanidad incontable en la totali-

dad del planeta, que á fin de unirlo á esta, se necesitaba nada ménos que un lazo arrojado desde los cielos, para atarlos á los dos.

Ese destino, para tí de misericordia, para estas gentes de salvación, exigía ser preparado en el espacio y en el tiempo, y lo fué, Señora, bajo tu celestial patrocinio. Colón fué tu precursor, Colón el de la radiante fé, el de las virtudes preclaras, el de los impulsos de emanación divina, se lanzó con heroicidad inaudita al mar tenebroso, para atravesarlo en frágiles carabelas, buscando él las Indias Orientales, y trayéndolo Dios al americano Continente, para rasgar el velo que lo mantenía oculto, para dominar los mares que lo hacían inaccesible, para mostrarle al mundo antiguo que no tenía noticia de él para confundir á los sabios que atónitos vieron surgir ante sus miradas esa especie de nueva creación; y para dejar estupefactos á pueblos y á hombres, con la consumación de la providencial empresa, y la gloriosa ostentación de sus magníficos y perdurables resultados, que ampliaron desde entonces, puede decirse, la tierra, y completaron las hordades de la civilización.

Al pié de tus altares, Virgen María, bebió alientos y alcanzó fuerza el genovés; y la obra civilizadora que para serlo tenía que ser obra cristiana, recibió apoyo y protección de una cristiana reina que tanto tú amó, y de cristianos y humildes sacerdotes, que al serlo de tu Hijo eran también, humildes en la tierra, grandes en presencia de los cielos, fervorosos y ardientes sacerdotes de la Madre de su Dios.

En pos del Nauta insigno vino el atrevido capitán. Arribó á estas playas, penetró en la tierra de los astecas, llegó á la gran ciudad que era asiento del indiano poderoso, y aunque trajera estrépito de arma, y en su marcha victoriosa derramara sangre, que plugiese á lo alto no se hubiera derramado y que quizás se derramó sin voluntad completa de quienes la vertieron ó la hacían verter; que qui-

zàs se derramó á impulso de ofuscaciones, naturales en los momentos del grande y abrumador acontecimiento; aunque trajo, repito, son de guerra y gritos de guerra encontró aquí; vino á evitar que el error prolongase bajo este cielo su dominio, á hacer que se extinguieran sus consecuencias de los humanos sacrificios, más cruentos que la más cruenta de las luchas, y á hacer que los humanos ídolos y las sanguinarias deidades cayesen de sus altares, para que en esta tierra del firmamento azul, de los umbrosos bosques, de las selvas vírgenes, en esta tierra que todavía hoy se ofrece como edén á los habitantes del Antiguo Continente, se levantara el altar único del Cristianismo, ante el cual arde, donde quiera que se erige, el incienso purísimo de la verdad, del bien y la virtud. ¡Señora, Señora nuestra, ni aquí, ni allende los mares, ni en el nuevo ni en el viejo mundo, pueden borrarse ya las obras de Colón y de Cortés, que borradas presentarían sumidas estas tierras en consorcio ahora con el esplendor cristiano, con el esplendor de las ciencias, con los esplendores todos del espíritu y las bellezas humanas, en las tinieblas que para marcar semejante contraste, todavía cubren y ennegrecen los aduares de las tribus salvajes, que aún se ocultan en rincones no reducidos del americano suelo.

A la sombra de los estandartes de Cortés hiciste que vinieran también Virgen Santa, misioneros que no con armas sino con amores, prepararían allí la gran empresa moral de unir las indianas heredades á la gran heredad cristiana, y que aproximarian la hora ansiada, el momento de tu prodigiosa evangelización.

¡Y la hora llegó! Y las voces de que habló Tácito, y de que con Tácito hablaban otros romanos de la historia, anunciando de manera maravillosa al Salvador de las gentes, parece que volvieron á oírse; para anunciarte á tí como Salvador de este Continente, como Madre de quienes lo habitaran, como Madre de las razas que ya antes conquistadas, ya con-

quistadoras se confundirían y formarían una sola, que adorara unida á la cruz y proclamara en este inmenso espacio, que corre de polo á polo y aísla los más profundos mares, el reino de Dios. Parece que refiriéndose á tí, volvieron á escucharse os otros acentos de Isaías, el grande él inspirado anunciador de Jesucristo: "Obedeced ya, gérmenes divinos, las órdenes de la sabiduría eterna: entreadbrid, flores, vuestras corolas, derramad vuestros perfumes para embalsamar el ambiente de esta tierra: adornáos con todas vuestras joyas, y con ramos de azucenas y de rosas, hijas de la América, para cantar la gloria de Dios en la más bella de sus obras."

¡Y tras de esos presagios sonó la hora! La Virgen del Tepeyac, que eres tú, Santa Madre nuestra, se presentó en la montaña como el Dios de Moisés; mas no rodeada de los fulgores de la majestad, que habían de circuir al Señor que legislaba para el pueblo de Israel; sino de los dulces esplendores de la humanidad, con el amor de la madre que atraía á su suavísimo regazo, al hijo que hasta entonces la iba á conocer. No se presentó ante poderosos, ni en palacios, ni ante grandezas humanas, sino á un hombre sencillo de la raza llamada á la nueva vocación, de purezas escogidas que forman la vocación incesante de Dios, y á quien hizo prodigio tras prodigio para que se acercara con confianza á su Seno, y le constituyó portador de otra misión prodigiosa para que el testimonio de ella arrebatara á todos á los piés de quien de todos se complacía en ofrecerse por Madre. Te presentaste, Señora, y como habías de volver á los cielos, y algo tuyo querías que por prenda quedara entre nosotros, quedónos tu imagen grabada prodigiosamente en el tosco lienzo en que después de siglos te contemplan nuestros ojos, y serás contemplada mientras seres humanos alienten aquí.

Se realizó el milagro en el momento providencial; en el instante en que ya había pechos convertidos, que serían tu

altar primero, y en que á millares había que regenerar otros para que esta tierra se embalsamara entera, con el perfume de tu amor; en el instante en que ni tu aparición se confundiese con groseros errores idolátricos ó se repeliera por incomprendible; ni fuera posible sin ella extender y llevar con la rapidez con que fueron llevados hasta los confines del Anáhuac y por medio de paz y caridad, los frutos de la redención.

Veniste, Señora, para predicar á los neófitos con tu presencia y tu Santa influencia la asombrosa regeneración de los hombres y los pueblos por Jesucristo; la regeneración que convirtió la Roma del circo pagano en la Roma de los Papas, que hizo palidecer las luces del Areópago ante los revelados esplendores del Dios desconocido, que transportó entre galos y godos, para que fuesen perpétuas en la tierra, las flamas divinas del Cenáculo, que crió la Isla de los Santos; la regeneración que trajo acá, también, las dulces esperanzas que encierran en los más fervientes deseos las más legítimas aspiraciones de la humanidad; que domó vicios y pasiones con el amor purísimo á Dios y á sus criaturas, que zanja con los oradores de la fé los cimientos de todo saber; que bebe en el cielo las inspiraciones de la justicia, realizadora del derecho entre los hombres; que produce las fuerzas vencedoras de todos los infortunios y mayores que todas las adversidades, que infunde el espíritu y la práctica del sacrificio, que son el grande espíritu y la grande práctica del cristianismo. ¡Veniste, Señora, á esperar la maravilla de que fundidas dos razas en una, restañada sangre de la guerra, cerradas heridas de conquista, establecidos conciertos de amor que sustituyeron odios é hicieron olvidar rencores, se criara á tus plantas una sociedad que levantada al nivel de todas las culturas, de todos los progresos humanos, iluminada por los más vivos destellos de la inteligencia, conducida por los indeclinables senderos del bien, vigorosa, engrandecida, fuese digna un